

ESTUDIO BÍBLICO.

CARTA A LOS ROMANOS. — N.º 6.

POR EL ELDER E. J. WAGGONER.

En el cuarto capítulo del libro de Romanos tenemos la fe en forma concreta. La narración de las vidas de Abraham y Sarai en conexión con el nacimiento de Isaac, provee un ejemplo práctico de justificación por la fe.

Abraham no fue justificado por obras; sino que creyó a Dios, y *le fue contado por justicia*. Abraham recibió el sello de la circuncisión. ¿Por qué? ¿Para hacerle creer? No, sino porque ya había creído. Era un sello de la justicia que él tenía por haber creído. La promesa a Abraham y a su descendencia fue que él sería heredero del mundo. Esta herencia prometida sería para una «posesión perpetua» (Gén. 17:8). Por lo tanto, fue un pacto de justicia, sellado con un sello de justicia, y la herencia sería una herencia justa, que nadie sino los justos pueden obtener (2 Ped. 3:13).

La promesa a Abraham dependía de una cosa: de que tuviera un hijo. Veinticinco años transcurrieron desde que se hizo la promesa hasta que se cumplió. *No dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios Abraham, pero Sarai sí, y escuchó Abraham la voz de Sarai*. Ella se propuso ayudar al Señor a llevar a cabo Su plan. Pero Agar era una esclava, y su hijo no podía ser sino un esclavo, nacido según la carne.

La descendencia prometida a Abraham serían hombres libres, no esclavos, por lo tanto, nada se ganó con este plan de Sarai. Llegó el momento en que Sarai se dio cuenta de que lo único que tenía que hacer era creer que Dios era capaz de cumplir su promesa sin su ayuda. Entonces, *por la fe ella recibió fuerza para concebir simiente*. El nacimiento de Isaac fue un milagro. Desde un punto de vista humano era absolutamente imposible para Abraham y Sarai ser padres de un hijo. Ella concibió por el poder de Dios.

Abraham y Sarai no hicieron nada para obtener la promesa, excepto creer; y sin embargo, el hijo de la promesa fue su propio hijo. Así también con los cristianos. Nada se puede hacer para obtener la justicia de Cristo, salvo solo creer las promesas. Es incorrecto esforzarse por asegurar la justicia de Cristo. Se nos dice que creamos las promesas. Dios ha prometido hacernos justos, y la única manera de obtener esa justicia es creer que Dios es capaz de imputarla.

Cuando los hombres se contentan con creer a Dios y se someten a Él, hay poder en Sus promesas para obrar la justicia en ellos, sin ningún poder propio. ¿Cómo son los hombres hechos justos, o partícipes de la naturaleza divina? — *Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina.* El poder reside en la promesa de Dios. ¿Cómo podemos hacer que las promesas sean efectivas para nosotros? — *Creyéndolas. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad.* Confiesa tus pecados, cree que Dios los perdona como ha prometido; y la promesa es tuya, tus pecados son perdonados.

Las promesas de Dios pueden compararse con *pagarés*. ¿Cuántos pueden tener estos pagarés? *Cualquiera que quiera.* Son válidos por una cierta cantidad de bendición. Esa cantidad nunca puede ser retirada en su totalidad, porque Dios es capaz de *hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos.* Los hombres llevan un pagaré al banco y obtienen el oro por él. Los cristianos llevan las promesas de Dios a Él y las cobran por una bendición.

¿Cómo puede Dios darnos justicia, siendo tan pecadores? No podemos entender cómo, ni necesitamos preguntar. Es un milagro tan grande para Dios hacer justo a un hombre injusto, como lo fue para Él crear el mundo. Si un hombre llama a algo que no es, como si lo fuera, dice una falsedad; pero cuando Dios llama a algo que no es, como si lo fuera, el mero hecho de que Él lo llame lo hace ser así. Dios no solo hace nuestros corazones justos, cuando no hay justicia en ellos, sino que hace más que eso, hace nuestros corazones justos, cuando no hay nada allí sino injusticia.

Un hombre es tan infiel el que no cree que Dios puede infundir justicia en su corazón como el hombre que, por la teoría de la evolución, elimina el registro mosaico de la creación. No se puede poner límite al poder de Dios. Si hubiera una montaña enorme que se opusiera al poder de Dios, Él podría tomar la nada y romper esa montaña en pedazos.

Nosotros, hermanos, como Isaac, somos hijos de la promesa. Llegamos a ser hijos de Dios de la misma manera que nació Isaac, —creyendo, como creyeron Abraham y Sarai. La promesa es para aquel *que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío.*

Mucho estaba implícito en la disposición de Abraham de sacrificar a su hijo Isaac. Por medio de ningún otro hijo podía venir la promesa de la herencia. Cristo no podía venir al mundo excepto a través de Isaac. Si se eliminaba a Isaac, ¿qué esperanza de un Salvador? Ninguna; Abraham, a todas luces, habría cortado toda esperanza de su propia salvación.

Maravillosa es la fe aquí exhibida. Abraham creyó que Dios podía resucitar a Isaac, y sin embargo, aquel mismo (Cristo) por cuyo poder él creía que Isaac sería resucitado, no había venido, y no podía venir excepto a través de Isaac. No obstante, Dios había prometido, y Abraham creyó, aunque se le pedía hacer precisamente aquello que, a la vista humana, cortaría toda esperanza de que la promesa se cumpliera.

La promesa misma era inmutable, y esa promesa inmutable fue confirmada por un juramento inmutable. Por lo tanto, Dios está obligado a cumplir sus promesas a todos los que las reclaman. El propio trono y la existencia de Dios están comprometidos con esto, y no hacerlo sería para Dios negarse a Sí mismo.

Pronto, Dios vendrá y dirá: *Juntadme mis santos, los que conmigo han hecho pacto con sacrificio.* Cristo es el sacrificio al que aquí se hace referencia. Es a través de Él que venimos. Él es la garantía del pacto.

[Verificado por y del original.]

Para descargar el material original [HAGA CLIC AQUÍ.](#)